

desvaneció poco á poco como una niebla ligera, y Derstal sólo vió en el mar á las blancas gaviotas que revoloteaban con su vuelo silencioso y melancólico.

—Bien—dijo miss Brandón, volviéndose hacia su compañero.—No podrá usted acusarme de haberle interrumpido en sus reflexiones. Hace muy cerca de un cuarto de hora que medita usted á mi lado, sin que, al parecer, se acuerde de qué le había hecho una pregunta, de la que dependía su porvenir y el mío. Es preciso que no olvide que está tratando con una americana, y que los sueños no son ciertamente lo más oportuno. Por un momento debe usted ser positivo y práctico. Cuando su resolución esté tomada, podrá ponerla en música, si quiere, y espero que la cantaremos juntos. Derstal sonrió.

—Susana, acaba usted de definir exactamente nuestra situación. De un lado el ensueño, representado por mí; del otro la acción, representada por usted. Dos razas distintas; dos caracteres opuestos....

—Y una afección sincera para servir de lazo—dijo Susana con voz grave.

La joven tendió una mano. Derstal la estrechó entre las suyas, y acercándose á la joven, y bajo la caricia de un sol matinal y ante las olas azules, cambiaron un beso.



## SEGUNDA PARTE

### I

—Oliverio, vámonos, porque si no vamos á llegar tarde.

—Querida mía, tenemos tiempo sobrado, pues no son más que las ocho y media, y por pronto que levanten el telón, no será nunca antes de las nueve.

—Sin duda; pero no quisiera llegar estando el teatro lleno.

—Pues vamos; ya estoy dispuesto.

En su lujoso tocador, tapizado de seda gris con *panneaux* de arce barnizado y alumbrado por lámparas eléctricas, el compositor acababa de vestirse. Con traje descotado, y más hermosa que nunca, Susana se disponía para asistir con su marido á la primera representación de *Atala*, la obra de su hermano Harry, en el teatro de Arte

Lírico. Hacía dos meses que la familia Brandón se había instalado de nuevo en su magnífico hotel de la plaza de los Estados Unidos. Derstal, casado en Nueva York y en plena luna de miel, había regresado á París con su nueva familia, y ocupaba el segundo piso de aquella suntuosa morada. El programa de existencia trazado por la imperiosa Susana se había cumplido sin que sufriese la menor alteración, y el compositor, como si hubiese sido un principillo alemán elevado á la categoría de marido de la reina, se hallaba bien en medio del lujo y esplendor, que era tan necesario como el aire para estos millonarios.

En un extremo de aquella suntuosa casa se había arreglado un rinconcito para poder trabajar tranquilamente. Tenía allí las partituras de los grandes maestros, su piano, su mesa de trabajo y papel de música. Pero es preciso decir que, si bien se encerraba todos los días en su gabinete, no hacía nunca cosa de provecho. Un amplio sofá le invitaba continuamente á la pereza, y allí se tendía, con el cigarrillo en los labios, para descansar de las noches que pasaba en sociedad acompañando á su mujer. Durante la travesía del *Ariel*, que se había prolongado por espacio de dos meses, Derstal no había abierto la partitura de *La Veneciana*; pero, en cambio, bajo su vigilancia y siguiendo sus consejos, Harry había terminado la partitura de su ópera *Atala*, y los amigos, que habían oído fragmentos, estaban de acuerdo en afirmar que era

una obra muy notable. Para montar la obra, el nuevo director, Fromageot, que era el tercero en un año en aquel teatro desdichado y abocado siempre á la quiebra, había contratado artistas sensacionales.

Como Brandón era quien pagaba, bajo el nombre del editor de la partitura, Fromageot no encontraba caro ningún artista. Para la heroína de la obra había escogido á la encantadora Fenny Vermeil, y Chactas era Marcillat, un tenor notabilísimo, que había conquistado alto renombre interpretando las obras wagnerianas. Bacalounié, el célebre bajo, cantaba la parte de Aubry. Todos estos artistas formaban un conjunto de primer orden, y para dirigir la orquesta Harry había conseguido que Vogler, el brillante director austriaco, hiciese un viaje á París. El estreno de *Atala* revestía, pues, todos los caracteres de una solemnidad musical. Hacía un mes que los periódicos daban noticias en la sección de teatros, y se habían celebrado y publicado *interviews* en las que el libretista y el músico formulaban sus intenciones artísticas y anunciaban sus esperanzas.

Fromageot, con la caja atestada de dinero y más encarnado que si fuese á tener un ataque de apoplejía, se hacía lenguas hablando del joven maestro que «iba á meter la fortuna por las puertas de su teatro». Los profesionales, violentos con este diluvio de pronósticos favorables, y los periodistas, intrigados por el movimiento mundano

que se manifestaba alrededor de esta obra original de un millonario aficionado, empezaron á informarse detalladamente de todo cuanto con Harry Brandón tenía referencia.

Nuevamente la personalidad de Derstal fué objeto de todas las conversaciones. Una sangrienta gacetilla apareció en el *Pavé de Paris*, planteando la cuestión. «Se dice que detrás de M. Harry Brandón, cuya *Atala* hace tanto ruido antes de su estreno, (ojalá pueda hacer la mitad tan sólo después), se oculta un ilustre compositor que tiene los más serios motivos para patrocinar al joven músico. Los copistas que han tenido la partitura en sus manos aseguran que han reconocido la escritura del maestro al lado de la del discípulo. No insistimos en este punto para no sembrar entre la familia la manzana de la discordia.»

Harry se enfureció al tener noticia de semejantes insinuaciones. Quiso contestar, pero Fromageot, con muy buen sentido, consiguió hacerle variar de opinión. «Debemos dejar á la prensa que publique con respecto á usted, en favor ó en contra, todo cuanto se le antoje. Es el mejor reclamo que le pueden hacer. Pagando para que se hablase de *Atala* no conseguiría usted los artículos que la curiosidad ó la maledicencia han de hacer que se escriban con respecto á ella. Le suplico que no se dé por aludido. Entonces se callarían, y nos hace falta que hablen y aun que chillen hasta el día del estreno. Después, yo me encargo de todo, y le

aseguro que soy práctico en la materia. Ya lo verá usted.»

Harry había manifestado á su cuñado el deseo que sentía de que asistiera á los últimos ensayos, á fin de que pudiera dar sus consejos á músicos y cantantes; pero las noticias propagadas por la prensa le hicieron cambiar bruscamente de opinión, y para que Derstal no apareciera por el teatro durante los ensayos, puso tanto interés como el que antes había demostrado para hacerle ir. Oliverio, al que las indiscreciones del *Pavé de Paris* habían contrariado grandemente, y que lo que más deseaba era permanecer entre bastidores, ni siquiera había intentado pisar el teatro antes del estreno, y dejaba que Harry saliese del apuro como Dios le diese á entender.

Desde que había regresado á París, parecía huir de los sitios en donde habría podido encontrar á sus antiguos amigos ó compañeros. Experimentaba gran malestar al pensar que podía encontrarse de manos á boca con aquellos que le habían conocido pobre y trabajador, ahora que era rico y ocioso. Sin razones sobre estas impresiones, las sentía muy vivamente. Era algo así como una especie de vergüenza. No obstante, no se juzgaba culpable y creía que no había hecho más que lo que en su lugar hubiera hecho cualquier otro. Pero prefería no pensar en estas cosas y procuraba huir de todo cuanto podía ser causa de que semejantes ideas germinasen en su cerebro.

Estaba dispuesto á asistir, si bien sin entusiasmo alguno, al estreno de la obra de Harry. No podía dejar de acompañar á su mujer y á los Brandón; pero consideraba este deber como enojosa obligación. El doble palco proscenio platea había sido reservado para el autor. Con cierta satisfacción Derstal se decía que allí podría estar al abrigo de la curiosidad. En el fondo de su conciencia, su orgullo protestaba contra tanta timidez. Después de todo, ¿por qué tenía que esconderse? ¿Iba á condenarse á vivir siempre oculto? ¿Era un crimen el ser rico, y debía enrojecer por ello? Se inclinaba á la audacia y se prometía hacer una atrevida excursión por los pasillos del teatro. ¿No sería pulsar la opinión y trazarse la línea de conducta que en adelante tendría que seguir con sus antiguos compañeros? Aquella noche iba á encontrarlos á casi todos. Al pensar que iba á encontrarse en presencia de Lavirón, sintió que la frente se le inundaba de sudor. ¿Cómo le recibiría el terrible crítico? Hacía seis meses que había dejado de escribirle. Una esquila para anunciarle su matrimonio, y una tarjeta con la cual Lavirón había acusado recibo, era todo lo que entre ellos se había cruzado. Derstal no llevó más adelante sus reflexiones; pero allá, en su interior, le agitaba terrible angustia. El estreno se celebraba en jueves, y como ese día no hay función en la Ópera, Eva estaba libre. Si temía presentarse ante el amigo, ¿cuál no había de ser su temor

de encontrarse con la cantante? Con frecuencia y con amarga tristeza pensaba que un día cualquiera, y sin esperarlo, al revolver una calle, en el pasillo de un teatro, en el patio de la Ópera, tendría que encontrarse con Eva. Si le hubieran dicho «Eva va á llegar, seguramente habría echado á correr. Su corazón oprimía dolorosamente y le latía con violencia. Á esto él lo llamaba tener alma de niño. Estas cosas y otras no menos penosas se las decía preparándose para ir al teatro de Arte Lírico.

Se vestía sin entusiasmo ninguno, y si su mujer no le hubiese dado prisa, habría permanecido en su cuarto-tocador arrugando corbatas blancas, sin acertar á hacerse un lazo á su gusto y dispuesto á perder una parte, la mayor posible, de la ejecución de aquella odiosa *Atala* que tantas molestias y disgustos le había causado en un año, para la gloria del tonto de su cuñado. Sin embargo, acabó por meterse en el coche que había de llevarle al teatro, y momentos después estaba en el proscenio de los Brandón y escuchaba indiferentemente á los músicos de la orquesta que afinaban sus instrumentos. Empezaban con tres cuartos de hora de retraso, y Vogler fué á sentarse en su sillón. Á la entrada del famoso director austriaco, la claqué intentó aplaudir; pero sus aplausos fueron ahogados por los enérgicos siseos de la platea.

— ¡Demontre! — dijo Derstal al oído de Susana. — No está de buen humor el público. Con

tal de que sea más amable dentro de un rato....

—¿Acaso puedes pensar que la representación no sea un éxito?—preguntó la joven con altanería.

—Contestaré á esto al salir, querida. Con el público parisiense nunca se pueden tener seguridades.

—No obstante, hemos dado localidades á todos los amigos. El teatro entero, excepción hecha del servicio de prensa y de nuestro palco.

—¡Magnífica garantía! ¡El teatro lleno de amigos! Son los más difíciles de entusiasmar. Todas esas señoras que están en los palcos, ¿crees que aplaudirán? Tendrían miedo de singularizarse, y si se deciden, ten la seguridad de que será cuando no se deba aplaudir.

—¿Tan imbéciles son las gentes de mundo?

—Generalmente, no entienden gran cosa de música, y aun yo creo que la detestan en el fondo; pero como no tienen audacia bastante para confesarlo, cuando van á oír se vengán en el autor.

En aquel momento dieron la señal. Susana se volvió hacia Oliverio y le dijo con voz alterada:

—Estoy terriblemente emocionada. ¡Dios mío! Nunca hubiera creído impresionarme tanto. ¿Y el pobre Harry, dónde está?

—En escena. En medio de sus intérpretes, como un general al frente de sus soldados.

—Oliverio, si fueses á verle, á animarle....

—Si éste es tu gusto....—dijo Derstal poniéndose de pie.

Salió del palco, y como la puerta del escenario estaba en el fondo del corredor, la empujó y se encontró bruscamente entre bastidores junto al palco de los electricistas. En la semiobscuridad de la escena se dirigió hacia un rincón, en el que un artista vestido de indio, con la cabeza coronada de plumas y los brazos llenos de brazaletes, conversaba con un joven vestido de frac.

Al mismo tiempo Fromageot apareció gritando:

—¿La señorita Vermeil se decidirá al fin á bajar? ¡Diablo! No tiene más que ponerse una túnica; de modo que no podrá decir que es el traje lo que la retrasa.

Al ver á Derstal exhaló un grito de alegría, y haciendo una profunda reverencia, exclamó:

—Querido maestro, ¿usted aquí en nuestro humilde escenario? ¡Qué dichoso presagio! ¡El éxito llega con usted!

El joven del frac se adelantó, y Derstal pudo reconocer en él á Bouchot, uno de sus compañeros de Conservatorio, ex-pensionado en Roma también, y reducido por las duras necesidades de la vida á ser maestro de coros en el teatro de Arte Lírico.

Derstal, sin hacer caso de las exageradas manifestaciones de Fromageot, se dirigió hacia el maestro de coros, tendiéndole la mano.

—¿Cómo te va, mi querido Bouchot? ¿Eres de la casa?

—Sí, al llegar de Lille, en donde fui director de orquesta..... Pero no hablemos de mí, y permíteme que te felicite. Tú andas á paso de gigante. No todos tus compañeros han tenido la misma suerte.

—Tú tienes talento, Bouchot. ¿Cómo te las compones para no llegar más lejos? ¿Acaso no trabajas?

—Amigo mío, ¡ tengo un baúl lleno de música completamente terminada! Pero, ¿en dónde hacerla ejecutar? Tú sabes muy bien que, aunque esto no es imposible, puesto que tú lo has conseguido, es difícilísimo..... Además, yo no puedo esperar. Tengo mujer, tengo hijos, y es preciso que coman.

—¿Estás casado?

—Sí, me casé con un primer premio de canto del Conservatorio, la señorita Durocher, del teatro de Lión. Tú la conocías, Amelia Durocher.

—Sí, sí. Una muchacha muy guapa que tenía una voz hermosísima.

—Guapa lo es todavía; pero ha perdido la voz. Aquí tienes explicado, amigo mío, por qué en vez de escribir partituras, como tú, soy maestro de coros en el teatro de Arte Lírico.

—Ven á verme á mi casa y hablaremos. Tal vez pueda serte útil.

—Gracias. Sigues siendo el buen muchacho de siempre..... Tú también te has casado; pero tú has hecho una boda brillantísima..... Ese jovencito

que esta noche estrena aquí es tu cuñado, ¿verdad? Es una ganga para él.

Y Bouchot, guiñando un ojo, se puso á reir. Derstal no tuvo tiempo para contestar. Fromageot, que volvía trayendo á Harry en triunfo, le dijo con marcado servilismo:

—Querido maestro, hé aquí el ilustre Derstal.

La señorita Vermeil apareció en aquel momento entre bastidores con el rostro tiznado, grandes anillos de oro en las orejas, enseñando sus hermosos brazos, que asomaban por las cortas mangas de su túnica azul, y con un cinturón de flores alrededor del talle. Avanzó precipitadamente hacia Derstal, y fijando en él una mirada cariñosa, le dijo sonriendo:

—Querido maestro; me parece muy bien que venga usted á animarnos y á aplaudirnos; pero, ¿cuándo me hará usted cantar música suya?

—Como si no la fuese á cantar esta noche—murmuró Bouchot burlonamente al oído de Fromageot.

Éste fijó en su subordinado una mirada de disgusto, y cogiendo á Harry por un brazo, dijo:

—Vamos, que van á empezar. Plaza al teatro..... Mi querido autor, ¿viene usted á mi despacho, ó va usted á la sala?

—¿Á la sala? No—dijo Harry, esforzándose por sonreír.—Me quedaré en el escenario.

—Perfectamente. ¿Todo el mundo está dispuesto?..... ¿Sí? Pues llamad.

Los tres golpes sonaron solemnes en medio de un silencio que se había hecho repentinamente. Se oyeron luego los golpecitos dados por Vogler con la batuta, y en seguida las primeras notas del preludio.

El corista vestido de indio que hablaba con Bouchot entró en el escenario tarareando el motivo que la orquesta ejecutaba: «Tarará, taratarí..... taralira.....» Y Derstal se encontró solo en frente de su cuñado, que crispaba nerviosamente las manos, y de Fromageot, que decía con el entusiasmo de un director-empresario que se cansa de ganar dinero:

—¡Admirable! ¡Admirable! Aquí hay color. Toda la llanura americana está en el preludio. ¡Ah! Ahora la brisa, la brisa. Luego los murmullos del Misisipí.

Derstal, volviéndose hacia Harry, le dijo:

—Hasta pronto. Voy á dar noticias á su madre y á su hermana. Buena suerte.

Dejó á su cuñado entregado á los entusiasmos de Fromageot y á los horrores de la inquietud.

Cuando llegó al pasillo que conducía á la platea, un grupo de individuos vestidos de frac le llamó la atención. Reconoció á Clementet, el crítico del *Boulevard*, y á Babot-Seigneur, el terrible wagneriano que disimula, cubriéndola de paradojas, una verdadera ciencia musical, y que encuentra especial placer destrozando una partitura á fuerza de chistes. Clementet dijo:

—¿Vamos á la sala?

—No, nos hemos tragado ya el ensayo general. Un segundo golpe sería demasiado.

—Temo que mi embriaguez me haga ver más grande á Chactas—dijo Babot-Seigneur.—Y prefero decir en seguida: ¡Alto ahí!

Clementet se encogió de hombros.

—Guarda todo esto para tu artículo crítico. Derrochas inútilmente tus chistes entre nosotros.

Unos compases de música llegaron hasta ellos.

—Escuchad. Es el aria del padre Aubry..... ¿Por qué no se habrán aprovechado de la ley de Congregaciones para suprimir el fraile en la obra? Sol..... do, do..... la, y pedal. ¿Crees que eso es de Massenet?

—En otra época todo era de Gounod. Ahora todo es de Massenet. Me aburrís con vuestras comparaciones. Vamos á oír á Jenny Vermeil. Si no seduce nuestros oídos, por lo menos, nos alegrará la vista.

Entraron en la sala, y Derstal se hizo abrir la puerta del palco.

—¿Qué hay?—preguntó Brandón, haciendo sitio á su yerno.—¿Qué dice mi querido Harry?

—Está nervioso, excitado. Pero eso pasará pronto.

—La impresión ¿es buena?

—El dúo de Atala y de Chactas ha producido un excelente efecto..... Aplauden.

La romanza de Jenny Vermeil, una inspirada

y encantadora página delicadamente escrita é instrumentada por Derstal, acababa de producir entre el público prolongados murmullos de aprobación. Apenas se habían extinguido las últimas notas atacadas por la cantante, cuando toda la sala estalló en bravos y el público de las galerías gritaba: «¡Que se repital!» Jenny Vermeil, saludando con agradecimiento, mostraba al público las redondeces de su busto, temblando de emoción, real ó fingida, pero delicadísima. Vogler, que había recibido instrucciones, avisó á la orquesta, y Jenny, animada por los aplausos, repitió la romanza. Á Derstal le divirtió aquello, y adelantándose un poco, asomó la cabeza por encima del hombro de su mujer. Unos ojos se fijaron en él, obligándole á levantar la cabeza, y por espacio de un segundo su mirada estuvo fija en la de Eva, sin que le fuese posible separarla de ella. En sus pupilas, agrandadas por la repentina emoción, Derstal leyó el dolor, la vergüenza, el reproche y la alegría. La abandonada parecía decirle: «¡Eres tú! ¡Y con quién te encuentro! ¡Cuán grande fué tu ingratitud, y cuán grande es la ternura que siento todavía!» Vió que sus hermosos ojos se llenaban de lágrimas. Eva, con noble tristeza, se retiró al fondo del palco. Derstal palideció, y un temblor nervioso agitó su cuerpo. Sintió que una mano estrechaba la suya, y que la voz de Susana murmuraba á su oído:

—Acabas de verla. Está ahí. Nos ha visto.

Con decisión, la esposa de Derstal adelantó su silla hasta colocarla junto al antepecho del palco, y fijó provocativamente los ojos en la localidad que momentos antes ocupaba Eva Brillant. No vió más que un espacio oscuro y vacío; la cantante había desaparecido. Una profunda tristeza se apoderó de Derstal; fué á ocultarse en el rincón más oscuro del palco. No se le ocultaba que, tarde ó temprano, un encuentro con Eva sería inevitable; pero nunca se había figurado que aquel encuentro tuviese que verificarse en tales condiciones: con su mujer al lado, en un teatro y mientras cantaban una música cuyo autor no podía ofrecer dudas á un oído educado y á una inteligencia experta. No, no era así como él esperaba encontrarse con la compañera de sus esfuerzos y de su éxito; con la mujer para la cual había prometido escribir sin descanso, y para la que únicamente debía producir su inspiración. Había sido cogido en flagrante delito de traición, y la traición era doble, puesto que había prestado su talento á otro y su música era cantada por una artista de mediano valer. Con desolada amargura se dijo todas estas cosas y se juzgó severamente. Pero, ¿qué hacer? No podía reparar su falta, ni podía tampoco excusarse sin correr el riesgo de causar ofensas más graves aún. Se veía obligado á guardar un silencio que cada uno tenía el derecho de interpretar á su gusto, pero que siempre sería de modo desfavorable para él.